

La tumba de Antígona. Sobre el ser de las víctimas bajo el claro de la aurora

Alejandra Solórzano¹

Resumen

El artículo propone un análisis ontológico y político de la figura de Antígona en uno de los manuscritos más singulares de la obra de María Zambrano: *La tumba de Antígona*. Para este propósito la reflexión presenta una breve referencia a lecturas filosóficas sobre la heroína griega frente al carácter distintivo de la heroína griega zambranianiana que entreteteje algunos de los ejes cardinales del pensamiento de la filósofa malagueña en su razón poética. El punto de partida de este estudio toma como premisa de la recuperación o recreación del ser en Antígona –encarnación de las víctimas– como acto político en resistencia frente a la historia y el Estado se amparan en la razón del poder justificador de la violencia.

Palabras clave: María Zambrano, Antígona, razón poética, ser, aurora, víctimas

¹ Guatemala-Costa Rica, Universidad Nacional de Costa Rica (UNA) <https://orcid.org/0000-0002-2578-9904>; es escritora egresada del posgrado de Maestría en Filosofía Académica por la Universidad de Costa Rica (UCR); licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional (UNA); autora de los libros: *Detener la historia* (2016) y *Todo esto sucederá siempre* (2018), poesía, Costa Rica: Ediciones Espiral. Actualmente se desempeña como académica de la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional UNA de Costa Rica.

Introducción

A María Zambrano debemos un universo filosófico encarnado en *Antígona*, alegoría filosófica de dimensión ontológica y política que propone la recuperación del ser de las víctimas negadas por la historia y la razón instrumental al servicio del poder de un Estado que legitima la violencia.

La primera parte de esta investigación presenta algunas lecturas filosóficas en torno a la figura de Antígona. En un segundo momento se abordarán las nociones de tiempo, historia y conciencia a la luz del pensamiento zambrano contenidas en *La tumba de Antígona*. Finalmente, el análisis centra su atención en el desvelamiento de las metáforas filosóficas: palabra, aurora y conciencia que entrelazan la razón poética de la filósofa malagueña. La reflexión es un ejercicio de desvelamiento sobre el ser de las víctimas condenadas al silencio, al anonimato, así como al sentido de historia violenta que envuelve al personaje trágico y a la dignificación de su conciencia histórica convertida en palabra y re-creación del ser como acto político.

Algunas consideraciones de Antígona en la filosofía

El tema del drama es la historia de un ser humano que completamente solo, sin ningún apoyo, entra en oposición, con su propio país, con las leyes de su país, con el jefe del Estado y que por supuesto es condenado a muerte enseguida
Simone Weil (1936) «Antígona»

La desobediencia es el sayo distintivo de Antígona. Su acción disruptiva contra las leyes de un Estado totalizante, hacen de su figura una premisa ontológica y política en la filosofía de Zambrano. Esta heredad de su pensamiento puede ser considerada una acción comprometida y coherente con su filosofía en salvar a las víctimas de su condena a no-ser, de la condena al entierro que la historia oficial hace de ellas. Personificadas en Antígona, las víctimas de la guerra desafían la condena del Estado para romper la fatalidad del destino heredado por la tragedia griega en analogía a la historia de la violencia contemporánea. En los incisos posteriores me referiré a ello,

no sin antes esbozar algunas lecturas que, después de dos mil quinientos años de su aparición, Antígona suscita en la filosofía de nuestro presente.

Una de las interpretaciones que más debates ha originado en la filosofía continental fenomenológica fue la que Hegel plasmó en su *Fenomenología del espíritu* (1807)². Bajo la visión de una naturaleza divinizada y totalizadora de la historia, de la ley universalizante del poder y la ética, se anula la singularidad de acción en los sujetos que, para el análisis de esta figura, se hace tácita –desde la perspectiva hegeliana– la justificación del castigo que el Estado hace padecer a Antígona. Sobre esta idea, cito la siguiente referencia:

Puede ser que el derecho, que se mantenía a la emboscada, no esté presente para la conciencia que obra, en su figura propia y peculiar, sino sólo [sic] en sí, en la culpa interior de la decisión y del obrar. Pero la conciencia ética es más completa, su culpa es más pura, cuando conoce de antemano la ley y el poder al que se enfrenta, lo toma por violencia e injusticia, por una contingencia ética, y a sabiendas, Antígona comete el delito (Hegel, 2010, p. 557).

A esta justificación del castigo impuesto a la joven griega, se suma una segunda: la del género. En su sistema, Hegel entroniza «lo masculino» como ser totalizante, de modo que Antígona –en tanto mujer– por mandato histórico, es el ente reproductor del orden familiar y social. Esto no solo supone su confinamiento a la esfera de lo privado en contraposición a la «cosa pública», al espacio de la acción y del Gobierno, que para Hegel es propio de la naturaleza «viril», sino que, es responsabilidad de la joven griega su propio hundimiento ante la potencia legítima de la ley, masculina y hegemónica. Hegel enfatiza lo anterior en la siguiente cita:

Esto es, la ley humana en su existencia universal, la cosa activada en la virilidad, activada de manera efectivamente real en el gobierno, es,

² Para más detalle léase en la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, el capítulo IV: Acción ética, el saber humano y el saber divino. La culpa y el destino, el espíritu. En este apartado pueden encontrarse los criterios de justificación que Hegel hace sobre el castigo que el Estado hace padecer a Antígona.

se mueve y se conserva por el hecho de que consume totalmente dentro de sí la particularización separadora de los penates o la singularización autónoma en familias, al frente de las cuales está la feminidad y las mantiene disueltas en la continuidad de su fluidez. [...] La cosa pública, al no darse su subsistencia más que perturbando la plácida felicidad familiar y disolviendo la autoconciencia en lo universal, se crea su enemigo interior en aquello que oprime y que, a la vez le es esencial, en la feminidad como tal. Ésta [sic] última –eterna ironía de la cosa pública– altera por medio de intrigas los fines universales del gobierno para convertirlos en un fin privado, transforma su actividad universal en una obra de este individuo determinado, e invierte el patrimonio general del Estado para hacer de él posesión y lustre de la familia³ (Hegel, 2010, p. 563).

Esta mirada hegeliana de Antígona es la del individuo que no tiene posibilidad de ser parte de la «cosa pública» reservada por la ley universalizante a los hombres. El orden social que depende de las mujeres es el de los lazos familiares y el orden privado. Sobre esta idea, Luce Irigaray (1985), en *La ética de la diferencia sexual*, reflexiona sobre las sentencias hegelianas a Antígona y afirma a continuación sobre la heroína trágica:

[La mujer] debería renunciar a su sensibilidad, a la singularidad de su deseo para entrar en lo inmediatamente universal de su deber familiar. Sin deseos es como la mujer sería esposa y madre. Obligación pura que la rescata de sus afectos. De este deber abstracto y vacío de todo sentir se identificaría lo femenino, tras la muerte de la hermana y el entierro del coro de las mujeres fuera del poblado, con el fin de fundar el orden de la ciudad (Irigaray como se cita en Laurenzi, 1995, p. 57)⁴.

³ En el mismo capítulo IV de la *Fenomenología del espíritu*, Hegel reafirma que la función femenina orbita en torno a los roles de la masculinidad por la que su vigencia de ser mujer se constituye como madre «al dar a luz a su señor» y en relación de igualdad con el hombre frente al hermano, condición de igualdad en el lazo horizontal de la fratría, aunque no pueda participar de la política ni de la esfera pública. Finalmente, señala que la de joven alcanza «la dignidad de la condición de mujer y esposa», aunque pierda su autonomía, refiriéndose con esto último al espacio de lo doméstico. Para más detalle, léase en el capítulo IV: Acción ética, el saber humano y el saber divino. La culpa y el destino, el espíritu.

⁴ Puede profundizarse más sobre esta lectura de Irigaray en Irigaray, L. (1985). *Ética de la diferencia sexual*. Milano, Italia: Feltrinelli.

Resultaría imposible otra alternativa de acción como la que cuestiona Irigaray frente a la jerarquía binaria heredada por Hegel. En este sentido, la construcción, el arquetipo de lo femenino, por oposición y subyugación ante lo masculino, se universaliza también en la relación identitaria de la premisa de «lo real es racional». Si lo racional-real es esta relación de lo masculino como eje universal, totalizante y homogenizante; la mujer tendría que ser definida por identidad negativa a este, en oposición al hombre. De modo que, todo aquello que no es el hombre y de aquello a lo que esta –en tanto mujer– no puede acceder. De allí que Irigaray afirme que Antígona deba, además de no tener autonomía ni acceso a la esfera de lo público, renunciar a su deseo.

Si bien, la noción tradicional de individuo que se originó en la modernidad: sujeto neutro, no contingente, masculino como referente universal, pareciera perpetuarse sobre la lógica binaria y jerarquizante de los opuestos, como señala Irigaray (1985): universal/particular, razón/irracionalidad, idea/sentimientos; cuestionados y superados ya en el reconocimiento de lo heterogéneo, una de las respuestas a este eco de oposición fue la de Judith Butler respecto de la lectura que Hegel hizo de Antígona.

En *El grito de Antígona* (2001), Butler refuta la interpretación hegeliana del personaje griego, cuestiona la figura de Antígona como sujeto reducido y constituido en función de las líneas de parentesco, licencia retórica por la cual, al ser hermana participa indirectamente de la política, aunque paradójicamente esto no suceda, como tampoco le sea reconocido un lugar en la esfera de lo público. Antígona, dentro de la mitología griega, representa al dios de los penates, los dioses del orden familiar y también quien finalmente rompe este modelo por accionar según su deseo. Esta acción de ruptura de lo que Hegel llamó *orden ético* para referirse a la esfera de participación política, son las que, –según la crítica de Butler– legitiman o no este ámbito frente al orden estatal y ético hegemónico representado en Creón. La síntesis de su crítica a Hegel señala que el crimen, la condena a muerte contra Antígona –representación de lo femenino–, es el resultado del deseo de hacer que perduren las leyes masculinas de la comunidad⁵. De modo que, Antígona al transgredir las normas del género, rompe también los límites del parentesco de la tradición hegeliana.

⁵ Para profundizar más en los cuestionamientos filosófico-políticos que propone Butler, puede referirse a *El grito de Antígona*, 2001.

Uno de los estudios más completos que se ha realizado sobre Antígona fue el de George Steiner *Antígonas, una poética y una filosofía de la lectura* (1987). Su libro presenta el tránsito histórico de la heroína trágica y los acontecimientos que la situaron como una figura compleja y eterna del drama humano. Steiner analiza la multiplicidad y heterogeneidad de los ecos que tuvieron lugar en la filosofía que él mismo señaló en sus inicios con la tríada: Hegel, Schelling y Hölderlin (este último traductor de Sófocles) y posteriormente en igual peso presente en Kierkegaard y Heidegger. Analizó también el tránsito de Antígona en la poesía, en la narrativa y representaciones teatrales como en Shakespeare y en la versión de Brecht. El autor enfatiza como se revitalizó su figura en la ópera de Mendelssohn en 1841, por mencionar algunos de los artistas y pensadores responsables de *iconizar* a la heroína de Sófocles.

Contrariamente a Hegel, Steiner (1987) concibe históricamente las líneas de parentesco familiar como esencialmente horizontales pues derivan de la importancia del sentido de la fraternidad y del lugar que tiene dentro de la acción social. El eje central que hace perdurar su figura es el carácter de historicización de lo personal. El autor afirma:

En Antígona, la dialéctica de la intimidad y de lo público, de lo doméstico y de lo más cívico se expone explícitamente. La obra versa sobre las medidas políticas impuestas al espíritu privado, sobre la necesaria violencia que el cambio político y social acarrea a la indecible interioridad del ser (Steiner, 1987, p. 22).

Ahora bien, si la visión política y emancipatoria de la Antígona en Butler fue una de las respuestas a la interpretación de Hegel, lo que Steiner apunta como eje de los cuestionamientos políticos, de género –señalado anteriormente por Irigaray– y de orden social, es el de la compleja interioridad del ser que subyace a las capas de lo político. Este problema que apunta a la interioridad del ser será el problema ontológico primordial en la Antígona filosófica de Zambrano.

La razón primordial por la que Antígona pervivió por más de dos mil años, insiste Steiner (1987), se debió a que el concepto de «lo mítico» cobró desde sus inicios un lugar fundamental no solo en la filosofía, sino en la psicología moderna, en la antropología social y en la teoría de las formas literarias (p. 93).

Sin dejar al margen rasgos culturales de raíces históricas, otra de las razones por las que la heroína griega tiene un lugar primordial en la historia cultural del pensamiento se debe al papel que las mujeres han tenido en la guerra y en la labor cultural de dar sepultura a los muertos como una función propia e histórica asignada a su género.

Kierkegaard en *Lo uno o lo otro* (2003) personifica en Antígona el padecimiento del individuo moderno –elemento anteriormente señalado por Steiner–, asilado en contraposición al lazo esencial y reduccionista de parentesco de la Antígona hegeliana. El conflicto aquí reside en la encarnación de la pena, de las circunstancias y de la condición de aislamiento del individuo, de la intimidad de la comunidad moderna que representa el personaje trágico. Se puede sugerir, de acuerdo con esta interpretación kierkegardiana, que el lazo esencial que une a Antígona a su tiempo sea el sufrimiento y la incapacidad de actuar. La singularidad en esta obra que propone Kierkegaard es una la solución fatalista: liberar a la heroína a través de la muerte ante la imposibilidad del individuo de no poseerse a sí mismo y de estar atado al destino.

Sobre la Antígona de Kierkegaard, María Zambrano (2012) escribe: «Él era a su modo, de la especie “Antígona” por su destino de hijo, [...] por su apetencia de fraternidad [...], por su soledad insalvable»⁶. A propósito del sufrimiento de la pena como naturaleza necesaria en Antígona, Steiner como Žižek coinciden en señalar en la obra de Kierkegaard, la presencia de Abraham que subyace en la figura de Antígona. Žižek apunta a que, la relación entre ambos personajes es la misma, dado que Antígona no podía compartir el saber sobre lo que su padre había hecho (asesinar a su padre y casarse con su propia madre), de la misma manera que Abraham no podía decirle a lo demás sobre el mandato divino de tener que matar a su propio hijo⁷ (Žižek, 2016, p. 10).

⁶ A propósito de esta referencia, puede leerse el estudio introductorio que Virginia Trueba (2012) realiza sobre *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*. Madrid, España; Editorial Cátedra, Letras Hispánicas (p. 12).

⁷ El aporte de Žižek a las licencias literario-filosóficas sobre la Antígona de Kierkegaard es la de extrapolar un experimento mental que propone en colocar al individuo en el conflicto de cometer un crimen en nombre del Estado (que en el caso de la simbiosis Antígona-Abraham sería el mandato divino) y no poder hacerlo público. Si la tragedia de Kierkegaard representa el espíritu de la modernidad, en «la versión posmoderna con un giro stalinista [...], la tentación sería ética» (Žižek, 2016, p. 13). Lo anterior implicaría que Antígona rompería el mandato divino (el del Estado) y denunciaría públicamente al poder.

Simone Weil, Chantal Maillard y Sara Moretton han desarrollado reflexiones fascinantes sobre sobre la inagotable figura de Antígona. Si bien, resulta imposible hacer una retrospectiva modesta y justa de las principales lecturas filosóficas que se han hecho sobre la joven griega, podríamos convenir, a partir de las referencias anteriores en que, la universalidad y la vitalidad que determinan su figura se debe a la pluralidad de las raíces del conflicto propias de la condición del ser humano, así también al desconcertante heroísmo de su desobediencia y de la valentía de su acción.

María Zambrano escribió en su prólogo a *La tumba de Antígona* que la joven heroína griega de Sófocles: «Es entre todas que de este autor y de todos los demás que conocemos, la más cercana a la filosofía» (Zambrano M. 2012, p. 170) acaso por lo que señaló Jesús Moreno (2012) sobre como ella y la filosofía de Zambrano va hacia «el reconocimiento de aquella parte de lo real enterrado bajo el peso de los conceptos» (Moreno en Zambrano 2012, p. 19), desde la que su «razón poética» defiende la metáfora o símbolo –no ornamental, sino filosófica– para desplegar una razón nueva.

A través de su razón poética, como bien sabemos, Zambrano tendió un puente de pensamiento hacia el núcleo intuitivo que para la razón abstracta ha permanecido invisible. Razón poética y ampliada a pensar la vida y a dirigir su *telos* a una razón al servicio e interesada en el sentir y en lo que no puede ser constreñido por los conceptos. Es desde este sentir que la filósofa reivindica la historia concreta de los individuos frente a la operatividad e inercia represiva de Estados totalitarios. Este sentir filosófico el recorrido que dibuja el camino de su Antígona.

El trayecto del ser en Antígona: Tiempo, historia y conciencia

No podemos dejar de oírla, porque la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida.

Antígona está enterrada viva en nosotros, en cada uno de nosotros.

María Zambrano

Publicada por primera vez en 1967 por Siglo XXI, *La tumba de Antígona* es la obra íntegra que reúne las reflexiones y apuntes que se encontraban desde 1948 publicados como *Delirio de Antígona*. A estos dos textos se suman los manuscritos *El personaje autor: Antígona, Antígona o de la guerra civil, Cuaderno de Antígona* (M-404) y *Cuadernos de Antígona* (M-264). A diferencia de todos los manuscritos, esta obra señala particularmente la relación entre los temas: ser, poder, víctima, tiempo y conciencia que atraviesan los diálogos del personaje trágico.

Antígona fue el *daimón* de María Zambrano que acompañó su pensamiento durante la mayor parte de su vida en el exilio iniciada la Guerra Civil española y aún después de la Segunda Guerra Mundial. El texto metafórico y autorreferencial, de carácter político y ontológico, como lo propone este análisis, narra el trayecto de Antígona en el agenciamiento de su ser político al desobedecer las leyes de un Estado absolutista que la condena a muerte.

Si bien las múltiples interpretaciones dedicadas a la Antígona, anteriormente mencionadas, establecen paralelismos entre los escenarios histórico-políticos de Europa, así como conflictos existenciales y éticos vigentes, Virginia Trueba (2012) señala que uno de los aportes de Zambrano fue extender su preocupación filosófica sobre la negación y el anonimato de los cadáveres, de las víctimas de guerra enterradas por la mano vencedora de quien escribe la historia. Otra distinción respecto del texto sofocleano, afirma Trueba (2012), es que, la filósofa confiere un tiempo a Antígona en su confinamiento antes de morir (p.28), tiempo de soledad especulativa que hace al personaje consciente de su sacrificio y decide morir, pero no suicidarse.

«Antígona, en verdad no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta» inicia el prólogo escrito por la propia autora. (Zambrano, 2012, p. 145). De esta forma, la filósofa desestima la acción violenta de defensa de las víctimas, punto de partida del pensamiento zambraniano porque Antígona es también una representación de la piedad, tan propia de la impronta cristiana en su pensamiento.

Ahora bien, la lectura política y ontológica de la figura de Antígona sobre su conciencia, reside en la expresión de su accionar. Antígona no se suicida para huir de la agonía o de la fatalidad trágica de su destino, sino que espera y asume la muerte consciente de su desobediencia. El tiempo conferido en la espera recae en el protagonismo de la «palabra» fundamental en la filosofía de Zambrano. Antígona –encarnación de las víctimas– es su portadora y es en consecuencia portadora de la «verdad». Esta «palabra» es la que gradualmente desvelará la aparición de su ser mientras espera la muerte en la tumba. Dicho de otra forma, esperar la muerte permitirá a la joven reconstruir su conciencia y trascender el reduccionismo de la fatalidad, que caracteriza a la tragedia griega.

Zambrano, en «El personaje autor» de *Delirio de Antígona* escribe: «Mas para llegar a cumplir el sentido total que la simbólica figura contiene, Antígona tuvo que llegar a la palabra. Tuvo que hacerse conciencia, pensamiento. [...] Tuvo que ser conciencia pura y no solo inocente» (Zambrano, 2012, pp. 256-257). La palabra, revelación de verdad, otorgará el «ser», la forma en que expresa el curso de los hechos, su acción y oposición a las leyes del Estado. Antígona, cuerpo y dimensión histórica, es el espacio en que emerge el ser negado que mutará en la conciencia recuperada que la hace trascender su condición de víctima a sujeto político consciente de la transgresión de su acción. Es este el otro punto de partida de la esfera ontológica que envuelve al personaje.

El «tiempo» es otro eje fundamental para comprender *La tumba de Antígona* porque en su devenir la razón dominante justifica los crímenes y se plantea a sí misma invariable, eterna. Renuente a la razón del poder hegemónico, Zambrano opone un tiempo opuesto al de la idealidad racional, supratemporal; es necesario un tiempo que escuche a las víctimas,

que cimente la realidad sobre el flujo de los acontecimientos que quedaron depositados en sus historias particulares y que lo hacen real en contraste al tiempo supratemporal ajeno a la historia particular de las víctimas. Este tiempo permitirá al personaje cobrar conciencia del conflicto y transitar el espacio para su transformación.

Palabra, verdad y tiempo son los puntos cardinales para la aproximación ontológica y política de Antígona. A partir de estos, es importante no perder de vista la pregunta ontológica como afrenta a la inmovilidad de la condición humana ante la desgracia que imposibilita a las víctimas ir al encuentro de su ser.

Sobre esta interrogante, en su ensayo *La destrucción de las formas* (1945), Zambrano señala que: «La esencia de lo trágico parece ser la fijación de lo humano sin revelarse, la manifestación de lo humano en cautividad» (Zambrano, 2007, p. 87). El paralelismo ontológico de esta obra sobre la representación de lo humano, sobre la necesidad de dar cuenta de sí en el arte y la justificación de la propia existencia, apunta a al problema del ser, onto oculto relegado al espacio del no-ser habitado por las víctimas, a lo humano sin posibilidad de revelarse, a la condena de la historia particular de las víctimas enterradas por la historia. Durante la guerra y después de esta, las mujeres, los locos, los niños y los místicos han habitado desde siempre el espacio del no-ser, el silencio, el exilio real y simbólico, el anonimato, el *transierrro*, afirma Zambrano (2007), han permanecido al margen de la racionalidad y del lenguaje, y con el mismo poder que los proscribió, este ha pretendido justificarse. Es por esta razón que Antígona desciende a las profundidades de su tumba a recorrer el tiempo de su propia historia y concertar así este encuentro.

«Víctima digna es, al modo humano, quien no ha andado en busca de ello, quien no ha dispuesto de su propio ser y su propia vida» (Zambrano, 2012, p. 165). Por ello la convicción fundamental de la obra filosófica tiende su arraigo en la revelación del ser de las víctimas. «No podía morir de ninguna manera, Antígona. A no ser que se acepte un modo de muerte que es tránsito; ir dejándose aquí la vida y llevándose el ser más no tan simplemente» (Zambrano, 2012, p. 165).

Lo anterior concede a la heroína un fundamento óntico con implicaciones políticas que conduce a la joven griega a un tiempo de tránsito para ir al reencuentro de la «aurora» –hacerse consciente– como acto revelador por el que llegará a la «palabra», «verdad» de su historia.

El concepto «verdad» en Zambrano es una verdad de múltiples formas. Las verdades del mundo humano, de los hechos, forman el cauce de la vida concreta de los individuos. De ahí que su mirada sobre esta se comprenda como ontología comprensiva que intenta, a través de la palabra revelar el conocimiento oculto en la concertación filosófica (lo universal) y poética (lo particular) del horizonte humano, del acceso a lo real.

Antígona o sobre la recuperación del ser: *Aurora, palabra, conciencia.*

¿No hay un sol de los muertos?

María Zambrano

«Parece que la condición sea esta de haber descendido a los abismos para después ascender» (Zambrano, M. 2012, p. 150) dice la Antígona zambraniana. El inicio de su descenso a las profundidades de la soledad y de su historia permite a la heroína alumbrar el nacimiento de su conciencia.

El dolor de Antígona es la tragedia heredada por su padre y madre, la fatalidad que se debate entre la muerte de sus hermanos y el fallido rescate de la ciudad y el de ella en no poder rescatar el cuerpo de su hermano Polinices. A esta fatalidad se suma la suya propia, la de ser condenada a muerte, a ser enterrada viva.

El descenso a la tumba significa ir hacia el reconocimiento de su historia. Este recorrido que finaliza con la germinación de su conciencia toma su corporeidad en la palabra. «Lo más humano del hombre, al menos como se nos sigue apareciendo hoy, es la conciencia» (Zambrano, 2012, p. 170). Es claro que, esta comprensión de las causas sobre su padecimiento no representa la justificación del dolor, sino el pretexto de la filósofa para que su personaje encarne las voces de las víctimas en contextos de guerra.

De allí que el tiempo en que permanece viva dentro de su tumba figure como ocultación –la imposibilidad de lo humano– que muta en la germinación de la conciencia. Sobre esto escribe Zambrano:

La ocultación se produce de otra manera en esta clase de seres –personajes y excepcionalmente humanas criaturas–: una tumba cuando se les da y un tiempo de olvido, de ausencia como el sueño. Con este olvido se les da tiempo. El tiempo que se les debe, que coincide con el tiempo que los humanos necesitan para recibir esa revelación, claros que se abren en el bosque de la historia (Zambrano, 2012, p. 166).

La germinación, el «despertar» es otra de las metáforas filosóficas que refiere a la intuición del ser vinculado a la razón «luz del sol» como Zambrano la identifica, razón limitada que aún no llega a ser conciencia. ¿Cuál es entonces la razón que daría cuenta por la dignidad de los muertos, por el ser que debe ser desenterrado bajo el anonimato sobre el que descansa la razón instrumentalizada del poder?

En textos posteriores a los manuscritos citados en *Delirio de Antígona* (1948), Zambrano en *De la Aurora* (1986) llamará a esta razón necesaria: la «aurora» que ella traduce en «conciencia» del propio ser. «La aparición de la Aurora unifica los sentires transformándolos en sentido. Entendemos por sentido, por la percepción del sentido, la aprehensión en su acto único del sentir mismo, su origen y finalidad» (p. 25).

La aurora como sentido, apertura al mundo, es guía, camino que conduce al individuo hacia reencuentro de su propio ser:

Guía pues, si por guía entendemos la aparición de algo, un suceso, una presencia que saca al sujeto de sí, de la situación en que estrictamente está apresado en una ignorancia que es inmovilidad, y la inmovilidad en el ser humano es intrascendencia. Fluir en el interior del ser. Qué inmensa soledad la del que no se ha contemplado, ni siguiera por una sola vez (Zambrano, 1999, p. 28).

En borradores conservados de *Cuaderno de Antígona* (Zambrano, 2012, M-404: p. 273) la diosa Atenea, nombrada a veces como *aurora* es comprendida por la autora en su sentido griego cercana a la razón. Antígona se dirige a ella como a otra más de los espectros de su mundo filosófico y la confronta continuamente en alusión a los abusos –a juicio de Zambrano– de la razón legitimadora del poder. En *Cuaderno de Antígona*, manuscrito M-404, la autora escribe: «Debajo de todo lo que los hombres edifican, Palacios, Leyes, Ciudades, hay una muchacha enterrada viva que sostiene con su aliento el frágil edificio» (Zambrano, 2012, p. 270).

Parecería contradictorio que la «razón auroral» en contraposición a la razón instrumental que critica la filósofa se vincule a la aurora con Atenea, sin embargo, hay que recordar que los manuscritos que conforman *Delirio de Antígona* y los otros cuadernos citados antes fueron escritos diecinueve años antes que la publicación de *La tumba de Antígona*. En todo caso, el posicionamiento existencial y político de la autora es coherente desde estas referencias tempranas en concordancia con la crítica que hace de la razón servil, al poder y la crítica que en *Filosofía y poesía* hizo al racionalismo platónico que rechaza al conocimiento como destilación de la experiencia, de la vida. El siguiente texto en *Delirio de Antígona* da cuenta de ello:

Tú, Aurora, hija del Padre a quien nadie llega, nacida de la cabeza, tú ¿qué has hecho de mí? ¿Por qué no me salvaste de la cólera, de la torpeza de esos varones que dicen mandar y si mandan ¿no es acaso en tu nombre? [...] ¿Qué sabes tú, dime, contéstame, qué sabes tú del sufrimiento, de la vergüenza? [...]. Aurora que se esconde sin descender nunca. Vengadora atroz, acogedora de criminales sin nombre, [...] amparadora de la horrenda justicia que devuelve el crimen con el crimen (Zambrano, 2012, pp. 272-273).

En el manuscrito (M-264) *Cuadernos de Antígona* también acusa a Atenea de su espíritu hegemónico, de la razón instrumental de la modernidad europea. «Sí ya sé, te admiran los hombres que hacen las leyes, los que fabrican las razones. [...] ¡Oh! Mortales, guardaos de la Diosa Razón, amparadora de crímenes. Porque crecerás solitaria y hermética sin salir de ti misma» (Zambrano 2012, p. 284).

Descender a la tumba en desamparo absoluto, abandonada incluso por los dioses, es la tragedia humana que necesita ser desvelada. Este es el cometido de una gran parte de la obra zambrana: la necesidad radical de desenterrar a las víctimas, sus historias. Será la fatalidad, el abandono y el pensamiento en vigilia que llevarán a la víctima a la necesidad de descender a las profundidades de su historia. Este despertar en la cautividad, conciencia, es la forma en que la razón auroral se despliega a través de su palabra y en la emergencia de su ser. El primer diálogo que hace referencia al inicio del descenso de Antígona dice:

Vedme aquí, dioses, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía la tierra. Y ese rayo de luz que se desliza como una sierpe, esa luz que me busca será mi tortura mayor. No poder aquí liberarme de ti oh luz de Sol, del Sol de la tierra (Zambrano, 2012, p. 175).

La aurora, el claro de luz que se opone a la cegadora luz de la razón de los conceptos es el espacio previo a la palabra en que se manifestará la extensión del ser. Contraria a esta, la luz de la razón hegemónica apunta de frente, no bordea la heterogeneidad del objeto, no acepta las sombras o lo que para esta es ininteligible, dejando al margen otros elementos que constituyen lo real del objeto. Así, la luz tenue de la aurora carente de soberbia habilita la comprensión de esos otros aspectos de la realidad bajo las sombras para que sean delineados por la conciencia. La aurora hace visible lo oculto para la razón discursiva.

«¿No hay un sol de los muertos?» (Zambrano, 2012, p. 176) es la pregunta de Antígona al descender a su tumba. Sumo a ella otras preguntas: ¿qué puede alumbrar lo que ha dejado de existir? ¿Qué legitima lo vivo, lo que existe? ¿Es que hay un tipo de luz diferente que rescate a Antígona de la muerte o de su ocultación en la tumba? ¿Qué es lo que Zambrano quiere alumbrar? Antígona responde en el siguiente diálogo a estas preguntas:

¿Y ahora vienes a decirme algo, luz de Sol? Si al fin te oyese, si me dieras esa palabra, una sola que viniera al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra, ni la de mi juez, ni la de mi hermana [...] donde no entró palabra alguna [...]. Tu palabra, luz, sin que yo la entienda, dámela, luz que no la dejas. La palabra nacida en ti y no de ese Sol. (Zambrano 2012, p. 176).

Aquí la noción «Sol» o «luz de sol» refiere a la razón que no da un lugar a los acontecimientos de la subjetividad «el Sol no deja ver, ahoga la claridad». (Zambrano, 2012, p. 185). Por esto, la aurora alumbró lo oculto para la razón que se constriñe al mundo de los conceptos. La aurora supera la escisión y jerarquías de los supuestos totalizadores de la realidad; idea/sensibilidad, particular/universal y será la respuesta que reside en «razón poética», la ruptura binaria logos-poesía que inició con Platón y a la que Zambrano sutura esta separación histórica de modo que el logos descienda –como Antígona– y se interne en la vida concreta de los individuos para que estos asimilen las verdades que tejen sus vidas y abra el camino hacia la comprensión de su existencia. La aurora alumbró con suavidad lo que la razón niega, la condena al no-ser de las víctimas, apela a lo íntimo de la vivencia, la coloca en el centro, la reivindica y le concede dignidad.

El no-ser puede ser comprendido en la obra como el intervalo del descenso a la tumba. En los diálogos de la joven griega Zambrano deja claro que el espacio que ahora habita no es la tierra de los vivos, pues de otra forma la luz de sol cegadora no le permitiría ver la propia intimidad de su historia y hasta ese momento tampoco es el lugar donde la joven puede alumbrarse por la luz del claro o de la aurora. El pasaje siguiente alude a ello:

Pero arriba, sobre la tierra y no dentro de ella estoy; yo creía que iba a entrar en el pueblo de los muertos, mi patria. Pero no, estoy afuera. No en el corazón de la noche sintiendo el latir del corazón de la eterna madre tierra. Allí bebería del agua, de la raíz oscura del agua. Pero no, seca la garganta, el corazón hueco como un cántaro de sed, estoy aquí en la tiniebla. [...] Porque ahora conozco mi condena: «Antígona enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte, ni en la vida, ni en la muerte» (Zambrano, 2012, p. 177).

Es dentro de la tumba, ocultación, donde el ser germinará. La espera en este tramo es crucial para que las causas de su historia finalmente sean inteligibles a Antígona. La escena en que se desarrollan estas ideas, están en la segunda escena de la obra. «Y ahora es la noche. Es la noche [...]. Me han devuelto a la prisión de donde no había salido nunca, prisionera yo de nacimiento. En la muerte y sin tierra» (Zambrano, 2012, p. 180). Aquí, la noche asegura la ausencia de la luz cegadora del sol, la razón violenta. Es la noche, la vigilia –especulativa y necesaria– que precede a la aurora. Esta escena recoge las primeras preguntas en forma de lamentos que preparan el camino de la conciencia de Antígona.

La escena «Sueño de la hermana», aborda un tema relevante en su filosofía; la dignificación del sentir como un saber. En su monólogo Antígona dice a su hermana Ismene: «Nosotras sabíamos y no sabíamos. Sentíamos nuestro secreto, el de nosotras solas». Sobre esta frase sutil y breve, Virginia Trueba (2012) afirma que no es casual la sustitución del verbo saber por sentir, pues este último define la relación entre hermanas, al tiempo que remite a «la metafísica experiencial» (p. 183) impronta del pensamiento de Zambrano. El monólogo sobre su sueño marca la pauta del fundamento del saber arraigado al sentir y también en la historia propia⁸. María Gómez Blesa (2018) en su estudio sobre *Claros del bosque* de Zambrano, rescata la preponderancia de la afección, del sentir como elemento fundamental de la esencia humana:

La realidad, ya los filósofos lo descubren nuevamente, se da en algo anterior al conocimiento, a la idea. Ortega y Gasset, el filósofo español, estaba elaborando su Razón vital a base de [sic] su descubrimiento de que la realidad es previa a la idea, contrariamente a lo formulado por el «idealismo». Y si es previa a la idea, ha de ser dada en un sentir. [...] El sentir, pues, nos constituye más que ninguna otra de las funciones psíquicas, diríase que las demás las tenemos, mientras que el sentir lo somos. Y así, el signo supremo de veracidad, de verdad viva ha sido siempre el sentir; la fuente última de legitimidad de cuanto el hombre dice, hace o piensa (Zambrano, 2018, p. 71).

⁸ Sobre este pilar del pensamiento de Zambrano, puede revisarse el texto de 1989, *Para una historia de la Piedad*. Málaga: Torre de las Palomas (p. 20), que hace referencia a que el sentir es previo a cualquier otra actividad intelectual.

Toda la filosofía de Zambrano, aunque en diferentes tesituras, tuvo como objeto ofrecer una guía a la filosofía opuesta a la razón abstracta y hegemónica que se impone al ser humano y que no «intenta tratar con el otro» (Zambrano, 2018, p. 72). Ante esta razón universalizadora la filósofa privilegia las verdades de la vida, el tejido de experiencias concretas, su heterogeneidad simbólica, sensible y subjetiva del ser. De ahí que la razón poética, el logos viviente, repare el vínculo del individuo con lo real, con la vida. «La vida tiene siempre una figura que se ofrece en una visión, en una intuición, no en un sistema de razones» (Zambrano 2018, p.76).

Por lo anterior, el desarraigo ontológico del individuo no proviene solo de la dicotomía filosófica que Zambrano criticó, sino del ocultamiento de las víctimas en la historia, sus padecimientos, la violencia y el abandono al límite de sus últimas consecuencias: la negación de su existencia. ¿Quién niega el pasado? En *La tumba de Antígona* es el Estado personificado en Creón. ¿Por qué ocultar los hechos del pasado? Porque la historia escrita por la razón al servicio del poder se ha obsesionado en legitimarse, sin embargo, lo que permanece e insiste en manifestarse, en dar cuenta del pasado, es la sangre. Zambrano la piensa a través de Antígona en el siguiente pasaje:

La sangre no es para quedarse hecha piedra. [...] Eché agua, toda la que pude para calmar su sed, para darle vida hasta que se empapara la tierra, hasta embeberse en la tierra. [...] La Tierra lo arregla todo, lo distribuye todo. Bueno, quiero decir, las cosas, si la dejan. Pero no la dejan, no. No la dejan nunca ellos, los que mandan (Zambrano, M. 2012, p. 184).

No es la primera vez que en este manuscrito Zambrano señale la violencia del poder y de la razón que la legitima. «Pero no la dejan, no. No la dejan nunca ellos, los que mandan». La referencia a «ellos» apunta al poder que sustrae a las víctimas del tiempo y de la historia, pues si la historia supratemporal no reconoce el curso de los hechos, las vivencias de los individuos que padecen la guerra, se aniquila con ello la historia concreta de las víctimas. De la misma forma en que es necesario desentrañar la violencia de la propia filosofía homogenizante,

la autora justifica la necesidad de hacer visible los acontecimientos y consecuencias de que está hecha la historia. Antígona incrimina no solo la narrativa del poder que constituye a la historia, sino lo que subyace en esta:

Toda, toda la historia está hecha con sangre, toda la historia es de sangre, y las lágrimas no se ven. [...] El tiempo, ¿qué importa? [...] ¿No estoy yo aquí sin tiempo ya, y casi sin sangre, pero en virtud de una historia, enredada en una historia? Puede pasarse el tiempo y la sangre, pero si sangre hubo y corrió, sigue la historia deteniendo el tiempo, enredándolo, condenándolo. Condenándolo. Por eso no me muero, no me puedo morir hasta que no se me dé razón de esta sangre y se vaya la historia, dejando vivir la vida. Solo viviendo se puede morir (Zambrano 2012, p. 186).

La sangre, uno de los problemas cardinales, no puede petrificarse, ni sustraerse como sustancia de la historia de las víctimas. Alguien debe hablar por ella y hacerla correr. El cuerpo y su derramamiento se ofrece a la historia para dar cuenta de ello. Nadie puede hablar por las víctimas más que ellas. La razón poética, logos comprometido con la alteridad devuelve a las víctimas de la guerra, a los individuos negados, anónimos, la posibilidad de que la sangre corra, de impedir que la memoria se petrifique en el olvido e ir al reencuentro con su ser, hacerse conciencia: palabra.

En *Notas sobre un método* (1989) Zambrano muestra como la razón poética guía la forma de hacer del conocimiento un saber integrador de los elementos fragmentados y heterogéneos del ser humano. Por ello es también una razón piadosa, mediadora entre el logos filosófico y el logos poético que acoge el carácter misterioso de la vida humana, los símbolos, el padecimiento, las pasiones, en síntesis, lo humano. Al inicio de su obra señala:

A esta clase de conocimiento, que a medida que se logra se va haciendo transmisible, aunque nunca por entero, se le ha llamado experiencia. Se trataría, pues, de hacer posible la experiencia del ser del propio hombre, el fluir de la experiencia, ya que la experiencia, una vez abierta su posibilidad, fluye inagotable, como la unidad cada vez más íntima y lograda del pensamiento.

Y así, señalar las condiciones de la manifestación posible y necesaria de la experiencia inagotable, no puede engendrar la pretensión de un pensamiento que se cierra y acaba en sí mismo (Zambrano, 1989, p. 11).

Más adelante escribe:

Si la filosofía existe como algo propio del hombre, ha de poder franquear distancias históricas, ha de poder viajar a través de la historia. [...] Y por ello, la filosofía establece, al par que su autonomía, que su pureza, la existencia del género humano y la del hombre en concreto (Zambrano, 1989, p. 16).

La palabra será la forma corporeizada del pensamiento. Ha de ser esta la única a través de la cual el ser humano puede ir al reencuentro de su ser, teje con ella su historia y supera el desarraigo ontológico de la víctima no escuchada, negada. Como encarnación de las víctimas anónimas, Antígona es también logos viviente, receptáculo de la verdad.

«Edipo», la escena que sigue a «Sueño de la hermana» contiene uno de los momentos más especulativos del personaje en que esta asume su papel de palabra y verdad dentro de la historia de las víctimas. Zambrano es consciente de que la anagnórisis de Edipo no aseguró el despertar de su propia conciencia. Edipo se arranca los ojos y al desterrarse de Tebas acompañado por su hija (Antígona) como única guía, no supera su propia tragedia. Edipo no fue capaz de iniciar un trayecto hacia la profundidad de su historia, como sí lo logró su hija dentro de la tumba. Esta reflexión se desvela en el diálogo siguiente:

Edipo. –Mira, hija, yo solo era una nube, una nube blanda, cálida, llevada por el viento. [...] Siempre un error, de yerro en yerro toda mi vida fue, y también ahora en mi muerte. Yo no era casi nada. Era casi, era apenas, y tuve que ser eso: un hombre. Así era, y tú me hablas de la verdad, me dices la verdad. Era yo el olvidado, el dejado ahí sin acabar de ser, y sin ver apenas nada. Estaba yo hecho de olvido (Zambrano, 2012, p. 189).

El conflicto en esta escena es una de las aristas más importantes de la obra zambraniana. El padre revela sugerentemente a su hija el papel que ha de cumplir dentro del espacio del no-ser de las víctimas. Antígona, personificación de la aurora es quien dentro de la historia ofrece su conciencia. Acaso por eso el siguiente diálogo clarifica el objetivo de la presencia de Edipo en su obra:

Edipo. –Oh, Antígona, tengo yo que decirte dónde estás, cuando es tan claro; todo esto es tan claro. Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a tí [sic], por eso. [...] No me dejes en el olvido errante. Ayúdame que ya voy sabiendo, ayúdame hija, a nacer.

Antígona. –¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos nacer a todos? Pero sí, yo, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí; por mí, sí. A través de mí (Zambrano, M. 2012, p. 191).

El horizonte filosófico –tan distinto de la soberbia razón de la modernidad– que Zambrano creó, sostuvo además el compromiso sociopolítico de su contexto que selló con la premisa de la razón poética: acoger a través de estas verdades humanas, que de estas emerja la historia de lo sepultado en la guerra. «La historia, niña Antígona, te esperaba a ti, a ti. Por eso estás aquí, tan sola. Por la historia» (Zambrano, 2012, p. 195) le dice «Ana, la nodriza» en la escena que lleva el mismo nombre. La intuición de este *telos* en Antígona es asumida por esta en el siguiente diálogo:

Me dejas sola con mi memoria, como la araña. A ella le sirve para hacer su tela. Esta tumba es mi telar. No saldré de ella, no se me abrirá hasta que yo acabe, hasta que yo haya acabado con mi tela (Zambrano, 2012, pp. 195-196).

Si Antígona es la aurora, el logos viviente; la historia real es el telar que ella debe terminar para que su palabra encarne el onto de los individuos hechos de olvido, los condenados a no-ser. Esto es lo que finalmente otorgaría el lugar de la verdad en la historia y lo que al mismo tiempo permitirá que la heroína se salve así misma de una muerte inútil, de una muerte ciega presa del dolor.

Lo anterior transforma la condena en una crítica contra su Gobierno totalitario y realiza un reclamo de dignificación y justicia a sus hermanos. «Si querías de verdad vivir había que dejarle un instante, aunque fuera uno, sólo [sic] a la verdad, a la verdad de la vida», les dice Antígona a los espectros de Eteocles y Polinices, antes de verlos desfallecer ante ella en la tumba (Zambrano 2012, p. 207).

Este diálogo de la escena «Los hermanos» prepara a Antígona para enfrentar Creón. A esta altura de la obra, Zambrano ha conducido a la heroína hasta el encuentro con la aurora: conciencia. Y sobre esta, la filósofa en los manuscritos anexos a *La tumba de Antígona: Otros textos del personaje griego*, deja escrito en el pasaje con el nombre de *Antígona*:

Conciencia es despertar del ensueño de la vida. [...] Conciencia, en la que el alma tiene que revelarse y aún rebelarse. Vida no vivida que debe despertar. Conciencia, recuperación de la vida individual, propia, que ha sido sustraída sin dar tiempo de pensar en sí misma. La conciencia al nacer en su inexorable claridad, es también un delirio de esperanzada justicia. La *conciencia* nace en Antígona por su capacidad de adentrarse en la intimidad y el valor de enfrentarse a su historia, resistiendo a la tentación de deshacerse de la memoria (Zambrano, 2012, pp. 240-245).

En *Claros del bosque* (1977) y en *Notas sobre un método* (1989) la conciencia es cardinal objeto de su pensamiento. En el primero, Zambrano explicita la distinción de la metáfora filosófica «luz del claro» vinculada estrechamente a la aurora-conciencia, la «claridad» del pensamiento en el que el ser emerge, alumbrando su heterogeneidad y se reconoce en sí mismo. Y sobre este «claro de luz», en *Notas sobre un método* (1989) afirma que esta aurora, será: «Una metafísica experimental, que sin pretensiones de totalidad haga la experiencia humana» (p. 26). Consciente de la imposibilidad de concebir la historia como fragmentación de acontecimientos en la vida particular de los individuos, Zambrano sabe que es necesario un sentido de unidad que provea de un orden a esta fragmentación de hechos, sin embargo, afirma: «Hay verdades, las de la ciencia,

que no ponen en marcha la vida» (Zambrano, 2018, p. 90) y es sobre esta unidad, que la razón poética se interna con humildad dentro de la vida concreta de los individuos y que eso hace posible movilizar la existencia.

A propósito de esta metafísica de la experiencia, cito lo que Zambrano señala en «La guía, forma de pensamiento» de *Hacia un saber sobre el alma* (1950):

La experiencia es fruto del tiempo y no sale de él, antes lo eleva sin destruirlo, dejándolo en su suceder, en su ser y no ser. Por eso es saber relativo que el absolutismo racionalista había de desdeñar. [...] La experiencia es siempre fragmentaria, pues si no dejaría de ser experiencia ya. (p. 87) [...] Visión y no sistema, porque se trata de visión de la propia vida que no puede ofrecerse en sistema. La vida tiene siempre una figura, que se ofrece en una visión, en una intuición, no en un sistema de razones (Zambrano, 2018, p. 96).

La elección de este método, pero también de los principios sobre los que cimienta la recuperación del ser de las víctimas en *La tumba de Antígona* afronta lo inadecuada que ha sido la razón instrumental para las verdades de la vida, no solo percibidas con la mente, sino las sentidas. Quizá por eso esta obra en particular encarna también en una escritura viviente –teatral– la acción humana que acoge el gesto, el pensamiento, el cauce de las pasiones, el conflicto, el desenvolvimiento de la conciencia y la palabra.

Antígona tuvo que llegar a la palabra. «Tuvo que hablar, hacerse conciencia, pensamiento» (Zambrano, 2012, p. 256). Por esto la escena «Creón» es decisiva porque en ella la heroína recibe desde su tumba el llamado del Poder-Estado representado en Creón. Para ese momento, Antígona ya se ha transformado en conciencia, logos viviente de las víctimas, portadora de la verdad.

Así, la voz de Antígona representa el esfuerzo de la filosofía en Zambrano por devolver la aurora a las víctimas. Es ella quien, a través de su voz, recuperará y devolverá a los miles de cadáveres sin nombre, el ser que les arrebataron «los hombres que fabrican las razones». Antígona interpela a Creón y rechaza desde su confinamiento la posibilidad de subir a la superficie⁹.

⁹ Recordemos que en la tragedia zambraniana el personaje trágico permanece desde el inicio en su tumba.

En el monólogo inicial de la escena «Antígona» esta declara su relación con la aurora y las condiciones en que podría haber aceptado subir desde su tumba al llamado de Creón.

Trueba (2012) señala que la escena «Creón» tiene variaciones importantes que aparecen en el Manuscrito n.º M-343 dedicado a Antígona. Para este fin, señalaré, entre estas variaciones, los diálogos que reflejan más claramente la postura del personaje frente a Creón:

Antígona. –Ah tú, ¿vienes a juzgar? ¿vienes a juzgarnos a nosotros los muertos? ¿No ves que tu razón en este reino ya no sirve? ¿A qué nos puedes condenar ahora? Me despertaste de ella, del reino de tu razón. ¿Vienes a rescatarme? Entre nosotros, aquí tu razón nada puede.

Creón. –Sigues así como eras, sin medida. [...] La razón es solo justicia.

Antígona. –La razón, ya lo sabemos, no rescata. No nos rescata al menos a nosotros [...] muertos bajo ella. –La verdad es otra cosa¹⁰.

Antígona, simbólicamente ya no es prisionera de la ley del Estado, ni de su tumba. Ha sido en esta última que, en su ocultación, pudo finalizar el telar de su memoria, hilar el curso de los hechos para que el claro de luz alumbrara la opacidad de su ser sepultado por el Poder. El descenso en Antígona no necesitó un regreso a la superficie. Zambrano lo hace evidente en los últimos dos diálogos entre ambos:

Creón. –El Sol ya se ha ido, Antígona, tengo que irme. Antígona, tienes tiempo aún, mira, mira el Sol: se está yendo.

Antígona. –Ese Sol no es ya el mío. Síguele tú (Zambrano, 2012: p. 223).

¹⁰ Para más detalles puede leerse la nota al pie de la editora en *La tumba de Antígona* y confrontarse con el Manuscrito n.º M-343, en María Zambrano 2012 (p. 221).

Al margen de esta obsesión de legitimidad de poderes despóticos, la conciencia es en sí misma, acto de rebeldía, que se anuncia y emerge en la figura del personaje trágico. La tragedia zambraniana es representación de la experiencia histórica, del carácter fragmentado en que la guerra desarticula y borra la posibilidad de lo humano. Esta reflexión reafirma su sentido en un fragmento en el prólogo que María Zambrano hace a *Delirio de Antígona*:

La conciencia, al nacer en su inexorable claridad, es también un delirio de esperanzada justicia. La *conciencia* nace en Antígona por su capacidad de adentrarse en la intimidad y el valor de enfrentarse a su historia, resistiendo a la tentación de deshacerse de la memoria (Zambrano, M. 2012, p. 240).

Antígona no necesita regresar al mundo de los vivos, ni ser legitimada por la luz de sol, razón violenta que se autolegitima como ley y filosofía violenta que niega el sentir y le da la espalda a lo humano. «Pues que no es la condena, es la ley que la engendra, lo que mi alma rechaza. Pero veo que comienzo a hablar de mi alma» (Zambrano, 2012, p. 224).

Como señalé anteriormente, el suicidio no tiene lugar en la tragedia zambraniana. Antígona, en tanto conciencia, es también una figura de piedad que rechaza la violencia. Suicidarse significaría responder con la misma violencia al Estado que la hizo padecer. Antes de morir Antígona se transforma en la conciencia de las víctimas: aurora. Su transformación asegura que el personaje supere el reduccionismo propio de la tragedia al hundimiento humano. Esta idea se reafirma en el siguiente pasaje:

Y yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo [sic] me fío de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón (Zambrano, 2012, p. 226).

Con la aurora germina la palabra y es por esto que la presencia de la palabra en Zambrano significa revelación. Esta revelación que transgrede las fronteras de lo político de la ley hegemonzante, del «enseñoramiento», de la razón instrumental y filosófica, es el punto medular de la recreación de su ser político. Antígona no aceptó ascender para «salvar» su vida ante la dependencia del poder político que el Estado-Creón le ofreció. Antígona, consciente de su sacrificio desafió hasta las últimas consecuencias la razón despótica del Estado.

Antígona es la propia conciencia filosófica de su autora, revelación de su hacer filosófico, piadoso, comprometido con la alteridad. La palabra de Antígona nace en la vigilia especulativa, en el silencio absoluto en que permanece sola con sus pensamientos. Antígona: logos viviente, carne, claro de luz, palabra. Lo que Antígona ofrece es conciencia, es por esto que, «en ella la historia se mira».

Referencias

- Butler, J. (2001). *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure Editorial.
- Hegel, F. (2010). *Fenomenología del Espíritu*. Madrid, España: Editorial Universidad Autónoma de Madrid.
- Irigaray, L. (1985). *Ética de la diferencia sexual*. Milano, Italia: Feltrinelli.
- Kierkegaard, S. (2003). *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*. España: Editorial Trotta.
- _____ (2004). *De la tragedia*. Argentina: Editorial Quadrata.
- Laurenzi, E. (1995). *María Zambrano. Nacer por sí misma*. Colección Cuadernos inacabados n.º 16. Madrid, España: Editorial Horas y Horas.
- Slajov, S. (2017). *Antígona*. España: Ediciones Akal.
- Steiner, G. (1987). *Antígonas: Una poética y una filosofía de la lectura*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Zambrano, M. (1989). *Notas para un método*. Madrid, España: Editorial Mondadori.
- _____ (1999). *De la Aurora*. Córdoba, Argentina: Alción Editora
- _____ (2004a). *La destrucción de las formas*. Colombia: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.
- _____ (2004b). *La razón en la sombra. Antología crítica*. Edición de Jesús Moreno Sanz. Madrid, España: Editorial Siruela.
- _____ (2012). *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*. Madrid, España: Editorial Cátedra.

_____ (2013). *Filosofía y poesía*. Ciudad de México, México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

_____ (2018a). *Claros del bosque*. Madrid, España: Editorial Cátedra.

_____ (2018b). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, España: Editorial Alianza.

Copyright of Revista Cultura de Guatemala is the property of Universidad Rafael Landivar and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.